

ALEJANDRO

Zambra

UN CUENTO DE NAVIDAD

UNA HISTORIA SOBRE LOS VÍNCULOS
ENTRE LA LITERATURA Y LA VIDA
— Y SOBRE UNA COMPAÑÍA
QUE SE BORRA

EDICIÓN, PRÓLOGO Y NOTAS DE ANDRÉS BRAITHWAITE

gris tormenta

ALEJANDRO ZAMBRA

(Santiago de Chile, 1975) es autor de una de las obras más originales y relevantes en el actual panorama de las letras hispanoamericanas. Esa especie de territorio está configurado por las novelas *Poeta chileno*, *Formas de volver a casa*, *La vida privada de los árboles* y *Bonsái*; los inclasificables libros *Literatura infantil* y *Facsimil*; el conjunto de relatos *Mis documentos*; las colecciones de crónicas y ensayos *Tema libre* y *No leer*; los libros de poemas *Mudanza* y *Bahía Inútil*; y el cuento para niños *Mi opinión sobre las ardillas*. Vive desde el año 2017 en la Ciudad de México.

ANDRÉS BRAITHWAITE

(Santiago de Chile, 1959) es periodista y editor literario.

Un cuento de Navidad

Un cuento de Navidad

Alejandro Zambra

Edición, prólogo y notas
de Andrés Braithwaite

colección editor

gris tormenta

Presentación

9

Prólogo

15

Un cuento de Navidad

27

PRESENTACIÓN

La colección Editor

En el universo de los objetos con los que nos relacionamos todos los días, el libro es quizás el más complejo de todos. Sencillo a simple vista, es tal vez el que más particularidades e idiosincrasias contiene, el que más historias encierra. Aunque la publicación de un libro parezca el feliz resultado de un pensamiento claro y directo, la bitácora de gestación y de trabajo de cualquier título —si existiera por escrito— revelaría una trayectoria más bien azarosa, nunca proveniente de un camino lógico ni lineal. La colección Editor intenta mostrar ese largo e inesperado proceso que

existe antes de que un libro llegue a una librería o de que sea abierto por un lector: una exploración literaria desde la curiosidad del editor.

A través de testimonios en primera persona, esta colección de títulos dedicados a los diferentes oficios alrededor del libro propone reflexiones sobre una industria que no suele contemplarse a sí misma muy a menudo. En un presente en donde cualquier persona puede escribir y publicar en el vacío, sin necesidad de editores ni lectores, esta colección propone discusiones en la dirección opuesta: ¿cuáles son los conceptos centrales que se ponderan en los debates editoriales más complejos; las dudas y las certezas; las sutilezas del proceso creativo, esenciales y distintas en cada libro y para cada escritor?

Los autores de los textos que forman la colección reflexionan y ensayan sobre los procesos editoriales y el pensamiento literario que da vida a cada obra —un ejercicio de análisis esencial y atemporal. De la creación

a la edición, de la traducción a la composición, Gris Tormenta tiene un gran interés por esos textos, raros hallazgos e historias originales sobre la maquinaria oculta y las ideas que suceden en el *backstage* del mundo editorial contemporáneo.

En memoria de Manuel Vial

A. Z. y A. B.

PRÓLOGO

Desde la fatiga

Escribir estas líneas es para mí particularmente extraño. No me gusta, nunca me ha gustado, prologar un libro ajeno —tampoco propio: no he publicado ninguno, creo—, porque, salvo que se trate, por poner cualquier ejemplo, de un estudio filológico que conviene contextualizar con cierta pulcritud para su mejor disfrute o comprensión, estás condenado a amontonar palabras de buena crianza —sean sinceras o impostadas, da igual—, lo que te convierte sin remedio en un propagandista revestido de presunta autoridad. Y la extrañeza es aun mayor

cuando el libro a ensalzar funciona perfectamente por sí mismo, como es el caso de este luminoso relato de Alejandro Zambra, con el agravante de que aquí el autor no necesita espaldarazo alguno y, más encima, el desconocido que esto escribe apenas ha redactado — a lo largo de un montón de años como editor literario y también periodístico — escuetas «notas sobre la edición» que solamente a veces ha firmado y solamente con sus iniciales.

Como sea, o por lo mismo, mis piezas favoritas en el rubro de los prologuistas que presentan o introducen textos ajenos son aquellas en que su autor consigue de algún modo hacer visible justamente la incomodidad que lo envuelve y de la que quiere escapar lo antes posible: prólogos deliciosamente elusivos en los que nunca se afirma con precisión que lo prologado sea meritorio o al menos digno de atención. Por desgracia, el propio género parece incitar desbandes de elogios inverosímiles, sin rastros de delicadeza ni de sobriedad. No

basta con consignar que un libro es bueno o muy bueno o extraordinario, como también sucede en los lanzamientos de libros. Es más: el adjetivo *extraordinario* se ha vuelto ordinario y hasta suena mezquino. Lo que se ha impuesto es la hipérbole incontrolada e insensata: hay que sostener que tal autor o tal autora nos está cambiando la vida o, para no exagerar — porque incluso la exageración tiene sus códigos —, la forma de leer.

Cuando Alejandro Zambra me pidió que armara este prólogo, le dije si acaso estaba bromeando. No le dije exactamente eso, porque nos tenemos confianza, pero el concepto estaba ahí. «Eres la única persona en el mundo que podría escribirlo», me contestó tras pedirle que me aclarara su chocante deseo. Era una frase muy propia del autor, voluntariamente misteriosa — diáfana en apariencia, pero en verdad bastante ambigua —, de manera que reaccioné con cautela y comprometí una respuesta inminente que

fui dilatando con indolencia durante meses, hasta que recibí un mensaje de los editores de Gris Tormenta reiterándome la misma petición, ahora de forma, pongamos, oficial.

Los editores —unas personas muy amables, a juzgar por sus correos electrónicos— fueron francos y pragmáticos para advertirme que había una negociación de la que yo formaba parte de modo involuntario: querían publicar un libro de Zambra en una colección —esta— por entonces para mí desconocida, pero que ya contaba con varios volúmenes, todos ellos abultados, como quien no quiere la cosa, con sus respectivos prólogos. Zambra aceptó, pero objetó justa y razonablemente la idea del prólogo. Ellos insistieron, pues no estaban dispuestos a que un único autor caprichoso echara por tierra sus criterios editoriales, y también —aunque esto no me lo dijeron textualmente y en realidad lo deduje después— porque temían que la extensión del relato de Zambra no fuera suficiente para un libro con lomo, por lo que no solo requerían de mí un prólogo:

además me solicitaban que el texto tuviera una cierta cantidad de palabras que claramente no completaré, inoperancia o déficit que tal vez los obligue a recurrir a trucos eficaces pero innobles como achicar la caja tipográfica o agrandar la letra o expandir el interlineado y el interletrado.

En rigor, Zambra no me había mentido: había aceptado que su libro llevara prólogo con la sola condición de que lo escribiera yo. De repente, la existencia de un libro que nada tenía que ver conmigo dependía de mí. En este punto quizás deba decir algo que suele dejarse implícito en los prólogos y que yo, desde luego, también he dejado implícito hasta aquí, mediante el recurso de llamar Alejandro Zambra, o Zambra a secas, a quien en la vida de carne y hueso llamo sencillamente Alejandro. Incluso a veces le digo, con cariño y sin intención diminutiva, Zambrita. La amistad, o bien el compadrazgo, entre autor y prologuista suele esconderse u omitirse para que funcione sin contrapeso eso que Nicanor

Parra denominaba «corrupción sustentable». Lo menciono por honestidad, o al menos por transparencia, y porque tal vez resulte significativo para comprender por qué finalmente accedí a escribir este prólogo, aunque el dato acaso crucial sea más bien literario, pues, por supuesto, yo no podría haber emprendido el engorroso encargo sin antes leer el relato escrito por Alejandro. Las partes interesadas me habían convertido en la mortadela de un sándwich foráneo, pero, pese a mi amistad con el autor y la admiración que siento por su obra completa, necesitaba yo saber si ese sándwich merecía ser masticado.

Después de leer una versión inicial de lo que terminaría siendo «Un cuento de Navidad», creo haber entendido el motivo por el cual Zambrotta —a veces le dedico esa carantoña para homenajear a un espléndido lateral derecho italiano, ya retirado— quería que

yo escribiera este prólogo. Pienso que los lectores futuros del relato también comprenderán ese motivo. No voy a cometer la imprudencia de adelantar aquí la trama. Esa es otra tendencia de los prologuistas que me voltea, por pedagógica y condescendiente. Me limitaré a decir que «Un cuento de Navidad» es, claro que sí, un texto sobre edición y sobre amistad, y que corre en paralelo a una historia que yo también podría contar si es que fuera, o hubiera sido, escritor. El autor ficcionaliza hechos que yo conozco, o que debería haber conocido, o que conocí pero de otra manera, aunque mi nivel de aquiescencia o de discrepancia con su versión de los hechos es irrelevante.

He visto a Alejandro convertirse en el escritor extraordinario que es —me propongo dignificar ese adjetivo—, y por fortuna me ha tocado editar varios libros suyos y un par de centenares de sus artículos. Es cierto que ha habido entre nosotros momentos crispados de armonía disminuida, pero, lo

reitero, prefiero no anticiparme a su relato ni esbozar aquí una versión diferente, puesto que, como ya he dicho, y como no me cansaré de decir, o de susurrar, no soy escritor, sino editor.

Vuelvo al asunto o quizás al problema: al hojear u ojeear esa primera versión de «Un cuento de Navidad», de inmediato me encariñé con la posibilidad de que el libro existiera, y les expliqué de nuevo a los editores que me resultaba extrañísimo escribir un prólogo pero que les pedía humildemente, o más bien rastreramente, que me permitieran trabajar en el libro como editor. Me respondieron, con férrea lógica transaccional, que solo me permitirían editarlo si escribía el prólogo.

Así que aquí estoy, en una situación medio chusca, intentando sacar estas palabras adelante. A ver, qué más digo. Esto: si fuera escritor me gustaría escribir como Alejandro Zambra, aunque editado por mí. No quiero establecer una línea divisoria entre los textos suyos que yo he editado y los

que no, pero espero que en esta instancia se me acepte la constatación —de seguro frívola y por supuesto personalísima— de que, cuando lo leo editado por otras personas o —ay— por nadie, el placer que el texto me proporciona rivaliza con la sensación de que he sido excluido de una fiesta a la que habría agradecido que me hubieran o hubiesen invitado.

«La meta es el olvido / Yo he llegado antes», dice un poema de Borges que no viene al caso. Pero esto es un prólogo, y encima un primer prólogo. Y un último prólogo. Y tanto a un principiante como a un moribundo se le podrá perdonar esto: citar a Borges. En fin, en castellano la palabra *editor* designa tanto a la persona encargada de apoyar la artesanía del texto, de calibrar sus meandros epidérmicos y subcutáneos, como a la persona —en inglés, el *publisher*— que más bien se ocupa de los asuntos de estrategia literaria o derechamente de la

comercialización de un libro. Me gusta cuando se alude a la primera como *editor de mesa*: ese ha sido esencialmente mi trabajo, que solo se asemeja al de un escritor en su carácter solitario. Es una imagen quizás demasiado romántica, pero creo que lo que importa de un libro sucede fundamentalmente en ese diálogo entre dos solitarios, el que escribe y el que edita, y lo digo parafraseando un chiste que un poeta chileno le cuenta a otro poeta chileno en *Poeta chileno*, la hasta ahora novela mayor de Zambra. El solitario que edita recibe el libro y acaso lo hojea en la soledad de su casa, y a lo mejor experimenta una solitaria satisfacción ante el trabajo bien hecho o una solitaria frustración ante la persistencia de algún yerro, pero, como sea, sigue siendo un solitario. El solitario que escribe, en cambio, deja la soledad en pausa para ejercer la penosa responsabilidad de la autoría paseándose por cuanta feria del libro y cena le pongan por delante, generalmente en compañía del *publisher*, que por definición es

un no solitario. Únicamente el solitario que escribe y el no solitario se ven obligados a sonreír.

Ya está: un prólogo, digamos.

ANDRÉS BRAITHWAITE

Un cuento de Navidad

En el invierno del año 2002 tuve la suerte de conocer a David Tightwad, quien muy pronto se convertiría en mi editor —me gustaba llamarlo así, *mi editor*, como si fuera solamente mío, supongo que para darme color, y también porque a veces realmente pensaba que era mío, del mismo modo que él creía que yo, en cierto modo, le pertenecía.

—No tuve tiempo de leer tu material —me dijo la mañana de la entrevista—, pero lo leo ahora mismo. Me demoro un cigarro, o un cigarro y medio. ¿Tú fumas?

—Sí —respondí.

No era verdad, o no del todo, pues llevaba unos meses sin fumar, pero en ese momento me pareció descortés rechazar el amable cigarro que me ofrecía Tightwad, que consumí nerviosa y rápidamente mientras él leía esas reseñas que yo había escrito de puro ocioso, para azucarar un poco la cesantía.¹

— ¿Melville o Conrad? — me dijo después de leer unas cuantas páginas en diagonal.

— Laurence Sterne — le respondí, coquetamente.

— ¿Laurence Sterne o D. H. Lawrence?

— Lawrence de Arabia.

— ¿Lorenzo el Magnífico o Juana la Loca?

— Juana de Arco.

— ¿Sor Juana Inés de la Cruz o San Juan de la Cruz?

— Juana de Ibarbourou.

¹ Funciona muy bien 'azucarar' la cesantía, pero si optaras por algo menos dulce podrías poner simplemente 'aliviar'. [Todas las notas corresponden a observaciones editoriales de Andrés Braithwaite. Este es, por así decirlo, un relato con las vigas a la vista.]

— ¿Bertrand Russell o Raymond Roussel?

— Esa está más complicada.

Algo así pimponamos, aunque supongo que el diálogo fue incluso más ridículamente cómplice. Me ofreció de manera formal el trabajo y de inmediato sentí que el mundo se transformaba en un lugar apasionante. Quizás imaginaba que el oficio de crítico literario era difícil y cansador, pero me parecía un desafío precioso. Hablamos de plata, que no era mucha pero era algo, y enseguida abordamos la pauta: reseñaríamos en primer lugar novedades de narrativa chilena, en segundo lugar narrativa latinoamericana, en tercero narrativa universal de autores «prominentes» — discutimos al paso la idea de *prominencia*, que a los dos se nos hacía resbalosa —, y en último término, casi en calidad de contrabando y probablemente a la altura del licencioso verano, novedades de poesía chilena, que era lo que a mí más me interesaba.

— La pauta a veces va a desagradarte, pero esas son las reglas — me dijo, mientras

Alejandro Zambra

Alejandro Zambra nació en Santiago de Chile en 1975. Es autor de una granítica obra literaria, reconocida como una de las más originales y relevantes en el actual panorama de las letras hispanoamericanas, traducida a más de veinte lenguas.

Esa especie de territorio está configurado por las novelas *Poeta chileno*, *Formas de volver a casa*, *La vida privada de los árboles* y *Bonsái*; el inclasificable libro *Literatura infantil* —mezcla de diario de paternidad y falsa auténtica ficción para adultos—; el volumen *Facsimil*, igualmente inclasificable,

aunque por otros motivos; el conjunto de relatos *Mis documentos*; las colecciones de crónicas y ensayos *Tema libre* y *No leer*; los libros de poemas *Mudanza* y *Bahía Inútil*, y el cuento para niños —con ilustraciones de Gabriela Lyon— *Mi opinión sobre las ardillas*. Algunos de sus textos han sido publicados en diarios y revistas como *The New Yorker*, *The Paris Review*, *Harper's*, *Granta*, *The New York Times Magazine*, *Abril* y *Cuadernos Hispanoamericanos*.

Entre las labores aledañas a su oficio de escritor, Zambra —licenciado en Literatura Hispánica por la Universidad de Chile en 1998— ha ejercido la crítica literaria en diversos medios; ha editado algunos libros —entre ellos, *Autorretrato de memoria* y *Gabinete de papel*, de Gonzalo Millán, y *Lear rey & mendigo*, de Nicanor Parra—; ha sido profesor de Poesía Chilena, Creación Literaria y Literatura de Gatos; ha traducido del inglés al castellano, a cuatro manos con Jazmina Barrera, *La balada de Rocky Rontal*, de Daniel Alarcón, y *Peque-*

ñas labores, de Rivka Galchen; y durante un tiempo impreciso coeditó junto al poeta Andrés Anwandter la revista *Humo*.

El autor vive desde el año 2017 en la Ciudad de México, al lado del Bosque de Chapultepec.

Andrés Braithwaite

Andrés Braithwaite nació en Santiago de Chile en 1959, y ahí sigue. Es periodista y editor literario.

En 1983 ingresó como redactor a la revista *APSI*, donde dos años más tarde asumió el cargo de editor general. A partir de 1989, y durante casi una década, se paseó, también ejerciendo la función de editor, por diversas revistas —*Caras*, *Los Tigres de la Ruta*, *Gourmand*, *Hoy*, *Paula*—, y en 1998 recaló en el diario *Las Últimas Noticias*, del que ha sido editor de la sección cultural hasta hoy.

De su labor editorial, destacan *Bolaño por sí mismo*, magnífico compendio de las entrevistas realizadas al autor de *Los detectives salvajes*; los dos volúmenes de *Gutiérrez*, singular libro-revista de textos inéditos (hasta ese momento, desde luego) de los más relevantes escritores chilenos; y numerosos títulos —publicados por Ediciones Universidad Diego Portales, Editorial Anagrama, Editorial Hueders y J. C. Sáez Editor, entre otros sellos— de autores como Roberto Merino (*En busca del loro atrofiado*, *Pista resbaladiza*, *Combustión espontánea*), Ignacio Echevarría (*Desvíos*), Claudia Donoso (*La palabra escondida: conversaciones con Stella Díaz Varín*, *Enrique Lihn en la cornisa*), Gonzalo Millán (*Veneno de escorpión azul*), Leonardo Sanhueza (*Agua perra*), Enrique Vila-Matas (*Aunque no entendamos nada*), Juan Villoro (*De eso se trata*) y Alejandro Zambra (*No leer*, *Tema libre*, *Poeta chileno*, *Literatura infantil*).

COLECCIÓN EDITOR

Perder el Nobel, de Laura Esther Wolfson
Traducción y prólogo de Marta Rebón

Las posesiones, de Thomas Bernhard
Prólogo de Andrés Barba

Una vocación de editor, de Ignacio Echevarría
Prólogo de Emiliano Monge

Illegible, de Pablo Duarte
Prólogo de Tedi López Mills

Dentro del bosque, de Emily Gould
Traducción y prólogo de Isabel Zapata

Editar «Guerra y paz», de Mario Muchnik
Prólogo de Ida Vitale

Fallar otra vez, de Alan Pauls
Prólogo de Julián Herbert

El atuendo de los libros, de Jhumpa Lahiri
Prólogo de Carla Faesler

Un texto en camino, de Javier Jiménez Belmonte
Prólogo de Gonzalo Maier

El color favorito, de Valeria Tentoni
Prólogo de Daniel Saldaña París

Un cuento de Navidad, de Alejandro Zambra
Edición, prólogo y notas de Andrés Braithwaite

Ahora sé que un editor es una especie de hermano mayor, que nos educa, protege y reprime, o quizás, directamente, un segundo padre, al que nunca dejamos de querer, respetar y temer, aunque luego lo desafíemos, y tarde o temprano, para crecer, o simplemente para sobrevivir, lo neguemos todas las veces que sea necesario, y hasta terminemos apuñalándolo por la espalda, en sentido psicoanalítico, por supuesto. —Alejandro Zambra

Lo que importa de un libro sucede fundamentalmente en ese diálogo entre dos solitarios, el que escribe y el que edita.
—Andrés Braithwaite

¿Cómo es la relación entre un autor y su editor? ¿Cuál es la influencia que ejerce uno en el otro? En este polisémico volumen, somos testigos de la formación del triángulo invisible entre estos dos interlocutores y su texto, un relato con vigas a la vista. El lector tiene la rara oportunidad de presenciar la naturaleza individual y subjetiva de esa dialéctica: qué tan frágil y particular —pero también qué tan fuerte— puede llegar a ser. Y cómo esos diálogos y dudas comienzan a desbordarse más allá de la página, del texto, de la obra, para establecer vínculos que se aferran ya no a la literatura, sino a la vida.

La colección Editor revela las historias que suceden antes de que un libro sea abierto por un lector: memorias y ensayos literarios sobre los oficios y procesos, largos e inesperados, que ocurren en el *backstage* del mundo editorial contemporáneo.

TALLER EDITORIAL
GRIS TORMENTA 2023
COLECCIÓN EDITOR 11
gristormenta.com

ISBN 978-607-59556-2-9



CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA



SISTEMA DE APOYOS
A LA CREACIÓN Y
PROYECTOS CULTURALES